

---

# El arte de escuchar

Viajes por la música clásica

---

Roberto Herrscher

---



---

# El arte de escuchar

---

Roberto Herrscher

---

PERIODISMO ACTIVO



---

# El arte de escuchar

Viajes por la música clásica

---

Roberto Herrscher

---



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA

---

Edicions

A Jerry Brignone

## ÍNDICE

|                                                               |    |
|---------------------------------------------------------------|----|
| PRÓLOGO. <i>El arte de escribir</i> , por Rosa Massagué ..... | 11 |
|---------------------------------------------------------------|----|

|                    |    |
|--------------------|----|
| INTRODUCCIÓN ..... | 13 |
|--------------------|----|

### PERSONAJES

|                                                                                      |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Plácido Domingo: el rey, el equilibrista, el sobreviviente .....                     | 25  |
| Calixto Bieito, sembrador de tempestades .....                                       | 57  |
| Los Savall: música antigua por las venas .....                                       | 69  |
| Jaume Tribó: el último apuntador .....                                               | 89  |
| Gerhard Grenzing: el evangelio del constructor de órganos .....                      | 95  |
| Lorin Maazel: «El verdadero artista tiene un solo amigo, que es su voz interna» .... | 99  |
| Astor Piazzolla, pescador de tiburones .....                                         | 107 |
| Autorretrato colectivo: el periodista musical.....                                   | 115 |

### VIAJES

|                                                               |     |
|---------------------------------------------------------------|-----|
| En vuelo con el delantero melómano.....                       | 127 |
| Incienso y polifonía en la ciudad colgante.....               | 135 |
| Música náutica .....                                          | 145 |
| El templo de Wagner se enfrenta a su pasado.....              | 151 |
| Muerte y resurrección del Gran Teatre del Liceu.....          | 167 |
| La bomba atómica en Sevilla: un viaje en cuatro géneros ..... | 183 |
| Un faro de música en el rincón más ventoso de España .....    | 195 |
| La escuela que fabrica sombras .....                          | 201 |

## EXPERIENCIAS

|                                                                            |     |
|----------------------------------------------------------------------------|-----|
| Alfred Brendel y el Cuarteto Casals: dar espacio a las notas pequeñas..... | 223 |
| Josep Colom y Ravel: la Primera Guerra Mundial y la mano izquierda.....    | 227 |
| Mozart «oscurecido» por Michael Haneke .....                               | 229 |
| Lang Lang y Maurizio Pollini: tigre joven, viejo león.....                 | 233 |
| En el cine, como en la butaca carmesí del palco.....                       | 241 |
| En los zapatos del maestro .....                                           | 245 |
| Natalie Dessay, sacerdotisa de una belleza que duele .....                 | 251 |
| El arte de juntar dos obras y hacerlas dialogar .....                      | 255 |
| Mireia Farrés: brillar en casa .....                                       | 261 |
| ¿Por qué, Belinda?.....                                                    | 265 |
| El retorno del long play .....                                             | 271 |
| Dos voces resuenan en los Alpes.....                                       | 273 |
|                                                                            |     |
| ¿DÓNDE ESTÁN AHORA LOS PERSONAJES DE ESTE LIBRO? .....                     | 275 |

## Prólogo

### EL ARTE DE ESCRIBIR

Hace algunos años, al empezar a leer *Música al límite*, una colección de ensayos y artículos musicales escritos por Edward W. Said que habían sido publicados en varios medios de Estados Unidos a partir de 1983 y hasta poco antes de su prematura muerte en 2003, me preguntaba si tenía mucho sentido leer críticas musicales escritas décadas atrás y que reflejaban una actividad que tenía lugar a muchos kilómetros de distancia.

Llevaba pocas páginas leídas cuando di con la respuesta. Sí, valía la pena, y por varias razones. Para conocer qué música se hacía y cómo se interpretaba en una lejanía tanto geográfica como temporal. Para saber cómo evolucionaban los gustos y las modas (repertorio, intérpretes o ejecución), o para descubrir las novedades que se habían incorporado. Valía la pena por la riqueza de conocimientos de su autor, por el fluir de su pensamiento y por la belleza de la escritura. Pero sobre todo, valía la pena por algo indiscutible como es la universalidad de la música. Beethoven siempre será Beethoven, en Barcelona o en Oklahoma. Los sustratos culturales de cada lugar pueden variar, pero el arte musical es el mismo.

Este libro de Roberto Herrscher está, pues, más que justificado. En sus artículos periodísticos, crónicas, entrevistas o reportajes podemos sentirnos reflejados, y nos permiten comprobar cómo el tiempo modifica la realidad del momento en que fueron publicados sin invalidar lo escrito. Nos permiten contrastar lo que ha sido y lo que es. Nos dan la posibilidad de comprobar cómo algunas cosas han ido evolucionando en un breve período de tiempo.

Algunas han cambiado a mejor, a mucho mejor. Por poner un ejemplo, el Cuarteto Casals. En 2012, cuando el autor publica su reportaje sobre una clase magistral de Alfred Brendel con el grupo, ya eran una formación sólida y reconocida, pero desde entonces su trayectoria les ha situado en la cima de los grandes grupos camerísticos internacionales.

Otras, por el contrario, causan un profundo dolor. Ver lo que quería ser el Gran Teatre del Liceu en el momento de su inauguración, en 1999, después del incendio, y constatar lo que es hoy, cinco lustros después, es para echarse a



llorar. La tormenta perfecta engendrada por una mala gestión, por una crisis económica global de la que solo tenemos el precedente lejanísimo del crac de 1929, y por un ostensible desinterés de los políticos por la Cultura siempre que no tenga un retorno en las urnas, ha convertido al pomposamente llamado Coliseo de La Rambla en un teatro de ópera cada vez más provinciano, rendido a las técnicas más toscas del marketing, y habiendo renunciado a la voluntad histórica del teatro de ser un referente de la ópera en España.

La figura del crítico musical, del que es capaz de leer y comprender una partitura, está desapareciendo. Los medios de comunicación lo consideran un lujo caro e innecesario. Su lugar lo está ocupando una «especie invasora» (en la que me incluyo), que es la del cronista, la del periodista musical. Su objetivo es la divulgación, el dejar constancia del hecho musical sabiendo transmitir una experiencia que, tratándose de arte, está cargada de emociones. En este terreno, como en todo, los hay buenos, muy buenos y deleznable (demasiados).

Cuando se entrevista a Joachim Kaiser, el gran pope de la crítica musical alemana, aparece normalmente en su despacho delante de una enorme estantería que en vez de libros contiene centenares de partituras. Quien entreviste al autor de este volumen encontrará un despacho lleno de libros sobre periodismo, porque Roberto Herrscher es, en primer lugar, periodista, y en segundo lugar, periodista musical; eso sí, de los buenos, de los que reflexionan y analizan, capaz de relacionar hechos históricos, datos sociológicos y fenómenos musicales y echarle grandes dosis de humanidad.

Además de ilustrar a los aficionados a la música, este libro podría servir perfectamente para importar una clase de géneros periodísticos y explicar cómo los distintos géneros se van alimentando unos a otros, cómo las barreras que encerraban una entrevista o una crónica o un reportaje se están moviendo para crear un terreno común de amalgama de géneros y estilos.

En la primera parte del libro, «Personajes», la mayoría son bien conocidos y no solo por parte de los aficionados. Pero en todos ellos el lector encuentra facetas y aspectos desconocidos que Herrscher sabe sacar a la luz. El trabajo de iluminación que Herrscher hace sobre el director de escena Calixto Bieito debería ser de lectura obligada para el ejército de críticos de su obra, que en su mayoría nunca han visto ni una de sus producciones.

Diría que Herrscher es un periodista transatlántico. Nacido en Argentina, lleva ya un montón de años en Barcelona, con saltos frecuentes a su país natal, a Costa Rica, a Colombia o a Estados Unidos. Podíamos pensar que el apartado que dedica aquí a los viajes nos pasearía por aquellos lugares al otro lado del Atlántico. Pero no. Los viajes que nos cuenta tienen mucho de interiores, son viajes casi iniciáticos, como el que realiza a Madrid con su hijo, o a

Cuenca para la Semana de Música Religiosa, o a La Coruña, donde nos hace partícipes de su sensación de haber llegado a un mundo antiquísimo y al mismo tiempo futuro, de haber entrado dentro de su propio yo al final de un espectáculo sobre seis cantatas de Bach por obra y gracia del malogrado Herbert Wernicke.

Hay un viaje que podría no entrar en esta categoría introspectiva. Es el viaje a Bayreuth. La grandiosidad artística y todo el boato que se concentra durante un mes en la «verde colina» hablan de arte total, sí, pero también de mundanidad. Sin embargo, también este es un viaje interior. Quizá el que más, y el que –me atrevería a decir que sin duda alguna– le ha costado un mayor esfuerzo emocional, el más difícil. La razón queda escrita de pasada y entre paréntesis al principio del libro. Su padre nació en Alemania, de donde tuvo que huir por ser judío. Para el hijo, pisar aquellos escenarios por los que había paseado Hitler, como el teatro, la casa donde vivió Wagner, la hermosa avenida que lleva a la colina, suscitaba, como no podía ser de otra manera, un torbellino de emociones encontradas.

Cuando un buen periodista escribe sus crónicas no se para –ni debe hacerlo– a explicarse ante los lectores. Sin embargo, leídas en forma de libro y con la perspectiva que da el paso del tiempo, emerge una pequeña biografía, un perfil, un anclaje del autor con sus raíces aunque sean muy viajeras. La del padre judío, pero también la del abuelo, Papitu Rovira, un catalán de Torredembarra que emigró a Argentina, personaje que debía de tener un gran ascendente sobre el autor por la poesía que le pone cuando le cita.

También emerge una familia de clase media adicta a la música que, de regreso del campo los domingos, por la Panamericana sintonizaba en la radio del coche una emisora de clásica. Como él mismo escribe, la familia puso la banda sonora de su infancia. Y él la cultivó visitando «la pequeña y oscura disquería de la señora Piscitelli en la calle Reconquista del centro de Buenos Aires».

Ahora es él quien ha transmitido su propia banda sonora a su hijo tras descubrir que hay cosas que no se pueden hacer con los retoños, como intentar introducirles en el mundo de la ópera cuando son todavía demasiado pequeños. No debería haberle extrañado que José Pablo prefiriera los Teletubbies a *Turandot*. Esta debería ser también una lección para tantos abuelos «operómanos».

Es de agradecer que Herrscher mantenga ideas o posturas que no son las canónicas. Por ejemplo, es de los que consideran que el verdadero «sucesor» de Caruso o Gigli fue el sueco Jussi Björling y no los italianos «sin problemas de autoestima» como Mario del Monaco, Franco Corelli o Carlo Bergonzi. También se atreve a considerar el Palau de la Música Catalana como un edificio «elaboradamente hermoso y el más patéticamente kitsch de los auditorios». Y también a reivindicar el vinilo, aunque en este punto la masa de defensores del LP va creciendo día a día.

Herrscher titula su libro *El arte de escuchar*. A efectos de este prólogo me he permitido parafrasearlo con el título *El arte de escribir*. Porque lo que explica y transmite en sus trabajos periodísticos tiene el envoltorio de la buena escritura e incluso de la poesía. ¿Qué es sino poesía la que un bonaerense como Herrscher dedica a Astor Piazzolla cuando en el reportaje sobre el gran innovador del tango se pregunta: «¿Cómo va a estar muerto alguien que levanta una ciudad con el suspiro de un instrumento?»?

ROSA MASSAGUÉ

## INTRODUCCIÓN

«¿A qué hora tenemos que salir para llegar a tiempo al Teatro Mayor Julio Mario Santodomingo? ¿Alcanza con media hora?»

Mis alumnos del curso de periodismo musical de la Universidad de los Andes me miraron entre divertidos y perplejos. Mi ignorancia de las distancias y el tráfico de Bogotá era más enciclopédica de lo que habían supuesto. No: desde el aula en El Campito, al borde del cielo subiendo innumerables escaleras, el sitio de nuestro taller de una semana en julio de 2015, debíamos cruzar toda la ciudad y después un poco más. Nos llevaría, con suerte, dos horas.

De modo que me encontré con tres voluntarias que se ofrecieron a acompañarme antes de las seis debajo de la estatua de La Pola, la heroína de la independencia colombiana fusilada por los españoles a los veintitrés años, e iniciamos un largo camino hacia la música. En el Transmilenio (dos autobuses unidos por la cintura a los que se sube por un andén, como a un tren) atravesamos el centro de negocios y oficinas de la ciudad, nos internamos en barrios de clases medias, en zonas de talleres mecánicos con coloridos grafitis en paredes descascaradas, pasamos enormes centros comerciales y ríos y remolinos de autos a la hora punta.

Tres jóvenes se subieron a pedir dinero. El vozarrón aguardentoso de uno de ellos, explicando que pedir es mejor que robar, sonaba más a amenaza que a pedido. El último se subió con un arpa y nos tocó una melodía paraguaya, el pájaro chogüí. A ese sí le di plata. Nos bajamos en plena noche bogotana y nos subimos a otro bus, que enfiló por calles más despejadas, hasta parar frente a un edificio reluciente al que se accede por anchas escaleras entre jardines recién regados.

La mitad de los estudiantes del curso nunca habían venido a este templo del arte «culto». En el hall se cruzaban los ricos de la ciudad —ellos con sus trajes a medida y ellas con sus joyas y sus peinados en suflé— con el público típico de los conciertos sinfónicos en el mundo: clase media ilustrada, profesores, artistas, hijos nostálgicos de padres que les legaron esta cultura europea. Este segundo grupo es el que define a una ciudad melómana: los que tuvieron

que calcular qué gastos debían sacrificar por una noche en comunión sagrada con Beethoven.

El sonido de «va a empezar la función», un timbre o un gong o una fanfarria que en cada auditorio anuncia lo inminente, y los ricos y menos ricos van cada uno por su lado, a la platea o a los pisos altos. Yo sigo con la mirada a mis alumnos. Los participantes de este taller de verano proceden de muy diversos orígenes: en su mayoría incluye a músicos profesionales y estudiantes de artes y letras, por un lado, y, por otro, a periodistas y estudiantes de periodismo. Unos se acercan al periodismo musical por la música, para entender mejor cómo contarla, cómo transmitirla. Otros, desde el oficio de contar, para acercarse a esta especialidad, el periodismo cultural ejemplificado por la música clásica.

Durante la semana hablamos de periodismo y cultura, de los papeles y funciones y habilidades del crítico y el entrevistador y el cronista. Les presenté a algunos grandes escritores que transformaron las notas y su interpretación en palabras y narraciones. Músicos que escriben de música (Robert Schumann, Hector Berlioz, Pierre Boulez, John Cage), novelistas y ensayistas (Bernard Shaw, Julio Cortázar, Edward Said), críticos amados y temidos, divulgadores apasionados (Alex Ross de *The New Yorker*, Anthony Tommasini de *The New York Times*, Pablo Kohan de *La Nación*, así como los artículos que escribieron en su día Rubén Amón en *El Mundo*, Juan Ángel Vela del Campo de *El País*).

Ya tenía armado el taller cuando me enteré de que la misma semana en que estaríamos reunidos vendría a Bogotá la Orquesta Simón Bolívar de Venezuela con su director titular, Gustavo Dudamel, el más famoso y admirado de los jóvenes directores de orquesta de hoy. Entonces cambié, quité, agregué, y gracias al director de la Maestría en Periodismo de la universidad, mi amigo Omar Rincón, hubo entradas para uno de los conciertos.

La visita sería muy especial. Dudamel y los jóvenes surgidos de El Sistema, un plan visionario para acercar la música a las barriadas pobres y peligrosas de las ciudades venezolanas, no vendrían a tocar un típico concierto de visita: lucirse con una obra para solista (piano o violín), una sinfonía bombástica y, al final, unos bises de agitado sinfonismo latinoamericano.

Nada de eso: venían a tocar, en cinco conciertos consecutivos, la integral de las nueve sinfonías de Beethoven, en orden cronológico. La Biblia de la música sinfónica como una fiesta y a la vez una clase magistral. El orden fue inflexible: ni siquiera cambia para terminar cada concierto con la obra más conocida y enérgica: por ejemplo, en el segundo concierto, en la primera parte tocan la revolucionaria y famosa tercera sinfonía, y en la segunda parte, la más conservadora y menos conocida cuarta. Y así hasta el domingo, donde estallará el canto a la alegría en el final de la novena, en una hermandad sin aspavientos entre dos países con gobiernos enfrentados: a la orquesta venezolana se sumarán tres coros de Colombia.

Para poder trabajar en el aula alrededor de la peregrinación al concierto, debíamos ir el miércoles, el primero de todos, con las sinfonías 1 y 2. Es el comienzo del viaje de Beethoven que cambiaría la música occidental para siempre. Por la brevedad de estas piezas de juventud, Dudamel había decidido tocar antes de cada una de ellas, cada una de las dos romanzas para violín y orquesta de Beethoven, que son de la misma época. El segundo piso, donde nos esparcimos los del curso, está lleno de jubilados melómanos y jóvenes entusiastas.

Una pareja de padres novatos se sienta delante de nosotros con su niña pequeña en medio. La niña se recuesta, con la cabeza sobre las piernas de su padre y los pies sobre el vestido festivo de la madre. Seguramente así escucha música clásica en casa. Los padres se toman de la mano por encima de su hija. Empieza la música y ella les habla pero no la hacen callar; le acarician la cabeza con dulzura.

Pese a que ya no se llama Orquesta Juvenil, los músicos siguen teniendo una edad muy inferior a la de la mayoría de las orquestas. Se siente un aire de excitación que no suele invadir las salas sinfónicas. Y entra el maestro: se ha alisado y peinado el pelo, que ya no es su habitual brócoli rebelde, pero aun en la distancia es inconfundible: camina, sonríe, domina el escenario desde la humildad y el compañerismo. Y empieza el viaje de Beethoven.

Las cuerdas suenan robustas y flexibles; las maderas, dulces y precisas; los metales vigorosos hasta estallar un frenesí contagioso. Dudamel baila y actúa la música, parece a la vez perdido en sí mismo y atento a cada detalle de sus chicas y muchachos, a los que conoce desde niños.

Nunca, salvo en el inicio de un ciclo completo, se programa un concierto con las primeras dos sinfonías de Beethoven. Pero en este viaje que continuará con la revolución política de la quinta, la infinita dulzura campestre de la sexta y el himno universal de la humanidad de la novena, el andante de la primera suena emotivo y limpio, y el final de la segunda preanuncia la tormenta. Se nota bien el desarrollo de la una a la otra. Los músicos tocan como un grupo de niños felices y como una de las mejores orquestas del mundo.

Al final, como hace siempre Dudamel, se baja del podio sin darse la vuelta para saludar, y la reverencia al público viene desde abajo, rodeado de sus músicos, en el mismo nivel, abrazándolos. No para el aplauso y vuelve una y otra vez, se abraza con los violines, y con los chelos, y con los vientos, con una enorme sonrisa, como posando para un *selfie* interminable.

A la mañana siguiente hablamos del concierto, de lo que sentimos, de cómo se escribe una crónica y una crítica. Leemos el excelente perfil de Dudamel que hizo el cronista peruano Julio Villanueva Chang, analizamos una crítica del periodista musical Juan Ángel Vela del Campo, miramos el comienzo del extraordinario documental sobre El Sistema y su creador, el maestro

José Antonio Abreu, realizado por Paul Smaczny y Maria Stodtmeier. ¿Sobre qué querían escribir? Algunos de la orquesta y su historia, otros del director, otros más del teatro y también del público. ¿Y para qué medio, para qué público? ¡Manos a la obra!

Era la primera vez que dedicaba una semana a compartir con un grupo de estudiantes mi oficio, mi pasión, lo que había aprendido en quince años de escribir sobre música. Con Dudamel y los suyos, la tarea era fácil y difícil a la vez. Habíamos sentido una corriente de entusiasmo, de esperanza por el porvenir y la vigencia y utilidad de esta música para el mundo del aquí y ahora. Y sin embargo, mucho de lo que había que decir, ya lo decía la música, ya lo decían ellos. Nosotros nos beneficiamos del ejercicio: pudimos gozar de un concierto especial y una experiencia mundana y espiritual. Pero ¿para qué escribir sobre ella?

Esa es la pregunta de siempre cuando se trata de escribir sobre el arte y los artistas. De música, de literatura, de danza, de pintura, de cine: ¿tiene sentido decir algo más, después de ver una obra que nos conmueve y nos transforma, que la muy escueta invitación al lector: «Vayan a verla»? Punto. ¿Para qué más?

Y en el caso contrario, podríamos también argumentar que el periodista especializado, el crítico, el conocedor, sabe por qué recomienda mantenerse alejado de obras que no tienen valor, que son insultos a la inteligencia, que son intentos frustrados, pomposos y sentimentaloides o ejercicios de dedos de creadores que deberían mostrar su obra una vez que la hayan desarrollado más. «No vayan.» Y punto.

Pero en este taller en Bogotá he llegado a una conclusión: el arte es una conversación permanente, sin final, y muchas veces lo que queremos hacer antes y después de encontrarnos con obras que nos llegan al alma es hablar y escuchar: compartirlas, discutir las, aprender sobre cómo y por qué se hicieron y cómo las piensan los ejecutantes, y cómo y por qué nos llegan de una determinada manera.

A los que les gusta el fútbol sin límite y sin medida, no les alcanza con ver un partido. Tienen que ver las conferencias de prensa, las entrevistas, los comentarios de los analistas, las estadísticas, los datos de ese partido y esos equipos y esos jugadores comparados con otros, del presente o del pasado. Y cuanto más sepan de historia y de estrategia y más lo compartan con sus amigos, más disfrutarán del próximo encuentro.

En las artes, todo se construye y se valora a partir del conocimiento de lo que vino antes. Las vidas y carreras de los compositores nos ayudan a apreciar mejor y entender más de las obras que nos gustan. Y en la interpretación, las vidas y las ideas y los talentos de los artistas nos acercan de una manera muy personal a las obras.